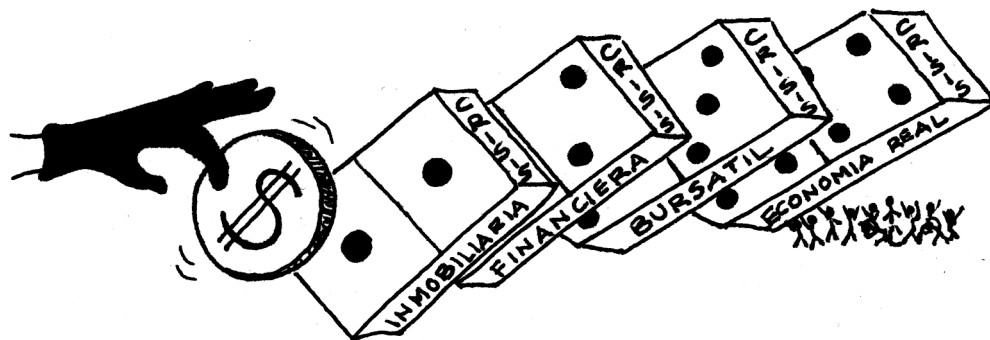


LA CRISIS MONETARIA Y FINANCIERA MUNDIAL (INTRODUCCIÓN)

LOUIS GILL*



31

A mediados de mayo de 2011, cuando estaba entregando a mi editor el manuscrito de la primera edición de *La crise financière et monétaire mondiale*, cuya introducción traducida al español será aquí reproducida a continuación, el movimiento de los indignados de la Puerta de Sol apenas acababa de empezar. Cinco meses más tarde, mi libro se agota, y yo empiezo a trabajar en una segunda edición revisada y actualizada. No hay duda de que allí debía tratarse tanto a este movimiento como al del 1% frente al 99% del movimiento «Ocupemos Wall Street» y de sus numerosas réplicas en todo el mundo, y también debían integrarse importantes desarrollos en cuanto al plan de ampliación de la crisis de las deudas soberanas, del hundimiento en la recesión, así como las consecuencias de las medidas de austeridad pretendidamente implantadas para sanear la economía pero cuya naturaleza era, más bien, la de asesinar al enfermo antes que la de volver a ponerlo en pie. Ninguna duda, tampoco, de que tenían que ser integradas las reivindicaciones para hacer frente a este impasse. Pero esta segunda edición, publicada a principios de enero, ya estaba también forzosamente desfasada con respecto a los más recientes desarrollos. Lo que no afecta en nada a la pertinencia, o al menos eso espero, de la comprensión de las profundas taras de la economía capitalista que están en el origen de este marasmo en el que vivimos. Deseo, pues, una «buena lectura» a los lectores y lectoras de esta introducción y deseo, además, que intenten hacer un esfuerzo por superar las barreras de la lengua para atacar el conjunto de la obra.

Louis Gill, 6 de mayo de 2012

* Del libro de Louis Gill: *La crise financière et monétaire mondiale. Endettement, spéculation, austérité*, pp. 7-25. Montréal : M Éditeur, 2011, 141 pp. Collection : Mobilisations.
Traducción: José M^a Fdez. Criado (Equipo de traducción de Red Roja)



La crisis mundial desencadenada en julio de 2007, entró, en el verano de 2011, en su quinto año. Antes de 2007, poca gente había oído hablar de este «papel comercial adosado a activos» que hizo perder 40 mil millones de dólares a la *Caja de Depósito e Inversión de Quebec* sobre un activo de 155 mil millones de dólares en 2008, ni de las hipotecas de alto riesgo llamadas «*subprimes*» en el argot financiero estadounidense, ni de la multitud de productos financieros exóticos y tóxicos nacidos recientemente de una «innovación financiera» deletérea, que contribuyeron a hundir la economía mundial en el marasmo. Aunque Quebec y Canadá se fueron relativamente librando de esta crisis tan grave y se han ido recuperando rápidamente y emergiendo mejor que otros países, esto no debe enmascarar el hecho de que la economía mundial está lejos de salir de ella, a pesar de las apreciaciones optimistas de observadores con prisa por anunciar la vuelta a los buenos tiempos.

32

La crisis financiera de 2007-2008 fue generada por los medios que se utilizaron para sacar la economía de Estados Unidos del letargo consiguiente al pinchazo de la «burbuja tecnológica» a principios de los 2000: tasas de interés muy bajas, designación del sector inmobiliario como vector central del relanzamiento económico, promoción del acceso a la propiedad mediante un endeudamiento sin tener en cuenta los medios financieros de los compradores y refinanciación de hipotecas bajo la forma de márgenes de crédito hipotecario destinadas a acrecentar el consumo corriente.

De ello se siguió un fuerte movimiento especulativo que transformó la vivienda de lugar de residencia en activo financiero susceptible de reventa con ganancia lo que dio lugar a una inversión excesiva en la construcción de viviendas, componente de una sobreproducción general de mercancías financiada por el endeudamiento, y de una sobreinversión que alcanzó a todos los sectores de la economía. Desarrollos del mismo tipo se produjeron en otras partes del mundo, sobre todo en Gran Bretaña, en Irlanda y en España. La fórmula funcionó mientras los precios inmobiliarios aumentaron y las tasas de interés eran bajas. Sin embargo, los precios se desplomaron a partir de 2006 por culpa de la superproducción de viviendas, de modo que su

valor mercantil cayó por debajo del valor de la hipoteca y las tasas de interés hipotecario comenzaron al mismo tiempo a aumentar. De ahí el gran número de quiebras y el estallido de la burbuja en 2007.

Desde entonces la crisis inmobiliaria se transformó en crisis financiera, después en crisis bursátil y en crisis de la economía real. Desde su epicentro en Estados Unidos, se propagó rápidamente al mundo entero. Países como Islandia e Irlanda, que se habían transformado, en el curso de los años 90, gracias a la liberalización y la desregulación financieras, en importantes polos de atracción del capital financiero internacional, y que habían sido presentados como modelos a seguir por sus protagonistas, fueron arrasados por la crisis¹. Mientras que la implantación de una industria manufacturera demanda mucho tiempo y las consecuencias de su eventual quiebra quedan generalmente circunscritas a las actividades relacionadas con ella, un sector financiero, fundado sobre una economía de papel y de telecomunicaciones, puede montarse rápidamente, pero por lo mismo puede hundirse casi instantáneamente con efectos que se extienden al conjunto del sistema a causa de sus ramificaciones. Es, *grosso modo*, lo que sucedió en Islandia, un pequeño país de 300 000 habitantes cuya principal actividad tradicional había sido hasta entonces la pesca.

Después de un crecimiento fulgurante, los activos de los tres grandes bancos islandeses (sus préstamos e inversiones) equivalían, en abril de 2008, a once veces el Producto Interior Bruto (PIB) de 2007. En unos días, en octubre de 2008, estos tres bancos se declararon en quiebra y el gobierno procedió a su nacionalización. El Fondo Monetario Internacional (FMI) cifró el coste de su quiebra para los contribuyentes islandeses en más del 80% del PIB. Y calificó esta quiebra bancaria como la más importante de la historia, habida cuenta del tamaño del país.

Incapaz de rembolsar los cientos de miles de millones de depositarios extranjeros (individuos, empresas, municipios, fondos de pensiones, etc.), el gobierno islandés congeló sus cuentas, provocando la ira de sus homólogos británicos y holandeses, cuyos ciudadanos eran los más afectados por estas medidas. Solo el banco ICESAVE de cuentas de Internet, les debía una

La crisis monetaria y financiera mundial (Introducción)

cantidad equivalente al 100% del PIB Islandés de 2008. A título de comparación, la cantidad total de las reparaciones exigidas a Alemania por el Tratado de Versalles al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, se elevaba al 85% de su PIB. Para forzar la recuperación de las sumas debidas, el gobierno británico recurrió a su ley antiterrorista con el fin de congelar los activos de los bancos y sociedades islandesas en Gran Bretaña.

Más allá de la quiebra bancaria y de la del Estado, de hecho se trataba de la quiebra del país en su conjunto. La de las empresas, golpeadas por la recesión y ahogadas por el peso de la deuda, y la de los trabajadores y trabajadoras, víctimas de un paro creciente y del coste prohibitivo de su endeudamiento. De ahí la proliferación de manifestaciones y otras demostraciones de la frustración y el descontento social. De ahí también, el rechazo de los islandeses mediante referéndum, por dos veces (marzo de 2010 y abril de 2011), a suscribir un acuerdo de seis mil millones de dólares de indemnización a los depositantes, convencidos de que no eran ellos quienes tenían que pagar de su bolsillo las consecuencias de las especulaciones de los financieros. Una actitud que fue aplaudida en particular por el economista Paul Krugman, «Premio de las ciencias económicas del Banco de Suecia en memoria de Alfred Nobel» 2008, para quien esta actitud debería servir de modelo a Irlanda², el otro «milagro económico» del neoliberalismo, también hundida, víctima de las políticas que habían hecho su éxito y cuyo déficit presupuestario y endeudamiento alcanzaron su punto máximo.

Sin embargo, fue otra la vía elegida por el gobierno irlandés, que decidió tomar a su cargo la deuda de los bancos arruinados por el estallido de la burbuja inmobiliaria, hinchando así el déficit presupuestario y la deuda pública que, alcanzaron el 32% y el 96% respectivamente, del PIB en 2010. Precipitada en la más grave recesión que haya conocido Europa, Irlanda optó, no obstante, por medidas de austeridad draconianas, poniéndose como objetivo restablecer el equilibrio presupuestario en un período de cinco años. Cerró además decididamente la puerta a todo aumento de la carga fiscal de las empresas, la más baja de Europa, como

medio para aumentar sus ingresos, reafirmando su compromiso con esa otra componente del modelo irlandés que es el crecimiento fundado en la inversión extranjera y la exportación. Un modelo sobre el que nos podemos preguntar si, en definitiva, le ha sido favorable, sabiendo como sabemos que decenas de empresas extranjeras, entre la cuales Dell (símbolo de la estrategia irlandesa), Apple, Hewlett Packard y Digital, escaparon del país en cuanto estalló la crisis y se instalaron en otros lugares que juzgaban más favorables a sus intereses en el futuro.

A consecuencia del estallido de la crisis financiera en 2007, los gobiernos de la mayoría de los países pusieron en marcha programas de relanzamiento económico y medidas de salvamento de las entidades financieras y las grandes empresas industriales, lo que infló sus gastos. Redujeron los impuestos, suscribieron acciones de bancos y empresas en dificultad, procedieron a la nacionalización total o parcial de algunos de ellos, otorgaron garantías de préstamos y depósitos bancarios y rescataron títulos de deuda de mala calidad. Los bancos centrales redujeron los tipos de interés central, suministraron la liquidez necesaria a un mercado monetario que había dejado de funcionar, multiplicaron sus medios de intervención extraordinarios para sostener el sector financiero y recurrieron a eso que se ha venido en llamar «flexibilización monetaria cuantitativa», es decir, a la impresión pura y simple (o creación *ex nihilo*) de moneda para la compra de nuevas obligaciones gubernamentales.

De ello resultó un incremento del endeudamiento público, que empujó a algunos países a la crisis y amenazó a los bancos de crédito. Desde 2007 a 2009, el endeudamiento medio de las administraciones públicas de los países avanzados del G20 pasó del 78% al 97,5% del PIB y el FMI prevé que alcanzará el 115% en 2016³. A pesar de sus intervenciones masivas, gobiernos y bancos centrales no lograron relanzar las economías avanzadas. El paro sigue en niveles muy elevados y el crecimiento es anémico incluso si algunos ya han proclamado el fin de la recesión.

En el plano de la política monetaria, los bancos centrales han reducido las tasas de interés a niveles cercanos a cero de modo que ya no pueden bajarlos más. Aumentaron la



liquidez ofrecida a los bancos contando con que fueran puestas a la disposición de las empresas y los particulares y que un aumento de sus inversiones y de su consumo contribuiría a estimular la actividad económica. No obstante, en su voluntad de aumentar sus beneficios, los bancos tendieron no a prestar este dinero al público, sino a utilizarlo en operaciones más lucrativas, como las colocaciones en el extranjero o, aun más seguras, como la compra de obligaciones gubernamentales.

En el plano de la política presupuestaria, es un callejón sin salida. Mientras que sus gastos fueron hinchados por los planes de relanzamiento y sus ingresos se reducían debido a la caída de la actividad económica, los gobiernos redujeron la carga fiscal de las empresas y de los particulares, a menudo de los más ricos como en Estados Unidos, dando la espalda a ingresos esenciales. Al rechazar la restauración de un nivel adecuado de imposición fiscal, algunos gobiernos adoptaron políticas severas de austeridad con el fin de reequilibrar los presupuestos y reducir el endeudamiento: aumento de tarifas y reducción de servicios públicos y de la ayuda social, reducción de los salarios de los funcionarios y despido de personal, reducción de las ventajas de los planes de pensiones, etc. Gran Bretaña, Irlanda, Grecia y Portugal abrieron el camino en este sentido. Un camino que Quebec también emprendió con las medidas de su presupuesto para el año 2010-2011 (recurso cada vez mayor a la tarificación de los servicios públicos, imposición de una contribución a la salud regresiva, acrecentamiento de tasas indirectas, etc.), incluso si el tamaño de su deuda en proporción con el PIB es netamente inferior a la de los principales países industrializados⁴

Las medidas de austeridad adoptadas en 2010 en Gran Bretaña por el nuevo gobierno conservador son de una rara gravedad, con una reducción media del 19% en los gastos de los ministerios para los próximos cuatro años y la eliminación de 490 000 empleos en el sector público. En Grecia, donde el endeudamiento público va a alcanzar el 152% del PIB en 2011, más allá de las medidas de austeridad presupuestaria, el gobierno se ha comprometido a privatizar activos públicos por un valor de 50 mil millones de euros de aquí a 2015, es decir, más

del 20% del PIB de 2010. Estas medidas de austeridad no sólo tienen como efecto repercutir en la población trabajadora el coste de la reparación de las maniobras financieras de las que no son responsables mientras los culpables gozan de impunidad, también tienen como consecuencia un empeoramiento de la situación al bloquear la recuperación económica y al mantener el paro en niveles históricamente elevados. En vez de curarlo, la medicina prescrita mata al enfermo.

Tanto en Portugal como en Irlanda y en Grecia, ante la incapacidad de devolver una deuda que ha llegado a quedar fuera de control y sobre la que pesan tasas de interés exorbitantes, la reestructuración de esta deuda, es decir, la reprogramación de su restitución durante un periodo más largo y a una tasa de interés más reducida, así como su eventual cancelación parcial, ya se está considerando como un mal menor a los ojos de los financieros, incluso si esta perspectiva les asusta y amenaza a los bancos acreedores. No hace falta decir que iría acompañada de medidas aun más severas que se impondrían a la población.

En Estados Unidos, el FMI preveía para la primavera de 2011 que el endeudamiento público se iba a elevar desde su nivel del 92% en 2010 al 112% en 2016⁵. Esta perspectiva llevaba a la agencia de clasificación Standard & Poor's a hacer pasar de 'estable' a 'negativa' la perspectiva de cambios en la calificación de la deuda estadounidense, anunciando al mismo tiempo que había una probabilidad sobre tres de reducirse si la situación no se mejoraba en un horizonte de dos años. Y esto en un marco de tensiones sociales crecientes como lo atestigua sobre todo la voluntad de la derecha republicana de cancelar los convenios colectivos de los sindicatos del sector público del Estado de Wisconsin y otros Estados del Medio Oeste y borrar sus sindicatos del mapa.

¿Qué hacer en una situación en la que los gobiernos sobreendeudados renuncian a prolongar sus planes de relanzamiento y en los que las tasas de interés ya reducidas prácticamente a cero no pueden reducirse más? En Estados Unidos la Reserva Federal decidió en noviembre de 2010 recurrir de nuevo a la «flexibilización cuantitativa» e inyectar en ocho meses 600 mil millones de dólares de dinero

La crisis monetaria y financiera mundial (Introducción)

nuevo en la economía, con el doble objetivo de estimular la economía y contrarrestar las tendencias a ese mal, más temido que ningún otro, que es la deflación. Pero los resultados obtenidos incitan más bien a dudar de la eficacia de tales medidas. Esa política consistente en inundar el mercado de liquidez para hacer bajar las tasas de interés a largo plazo y estimular la recuperación, contribuyó a proveer a las empresas de importantes sumas de dinero que ellas apenas utilizaron para invertir en la actividad productiva y dar trabajo a millones de trabajadores en busca de empleo.

Estas cantidades prestadas a bajo precio fueron invertidas sobre todo en actividades especulativas rentables en los países emergentes, menos golpeados por la crisis y con una cierta recuperación, en los que los bonos del gobierno estaban mejor remunerados y las bolsas en crecimiento. Este tipo de operación tuvo el efecto perverso de hacer que se devaluasen las divisas de los países que se dedicaban a ello, en primer lugar el dólar de Estados Unidos, aumentando la demanda de divisas de los países en los que se invierten estos fondos especulativos. Esto alimentó, mediante la devaluación competitiva, la «guerra de divisas», que se ha convertido en la apuesta mayor de la política mundial en un sistema monetario de cambios fluctuantes desprovisto de moneda universal después del hundimiento en 1971 del sistema de Bretton Woods. La caída del dólar, moneda que pretende por defecto tener el papel de moneda universal, propulsó la vuelta a los valores refugio que son el oro y los otros metales preciosos como la plata, cuyos precios se dispararon.

Las variaciones incesantes de las tasas de cambio que sacuden este régimen de cambio fluctuante provocaron continuas intervenciones de los bancos centrales para estabilizar las monedas. Estas intervenciones transformaron el mercado de cambio en mercado especulativo mundial, en el que las monedas nacionales se mueven más como activos financieros en busca de ganancia financiera, que como vehículo para los intercambios internacionales de mercancías. Los primeros contratos de cobertura de riesgo derivados de las variaciones de los precios de las divisas que se habían vuelto fluctuantes, fueron los que dieron origen a los complejos instru-

mentos financieros de hoy, cuyo crecimiento exponencial es uno de los componentes de la hipertrofia financiera en la génesis de la crisis.

Consecuencia también inevitable de este régimen, es el desequilibrio crónico de los intercambios internacionales que originó la acumulación de vastas reservas de divisas en manos de países con superávit como China, Japón y numerosos países emergentes, que financiaron a muy baja tasa de interés los déficits presupuestarios y los déficits de la cuenta de las transacciones corrientes de otros países, principalmente Estados Unidos. Debido a su presión a la baja sobre las tasas de interés, esta práctica alimentó por otra parte la burbuja inmobiliaria que estuvo en el origen de la crisis financiera.

Estos son los diversos aspectos analizados en este libro que cuenta con tres capítulos. El primero precisa de entrada que, si la crisis se desencadenó por las quiebras masivas de los préstamos hipotecarios de alto riesgo, otorgados en gran escala a compradores no solventes, los fundamentos de su desarrollo se encuentran en la acumulación sin medida de un capital volátil caracterizado por la complejidad y opacidad de sus componentes, que se desplaza a través del mundo en busca de inversiones financieras más lucrativas.

Los vectores clave de la expansión de este capital, la 'titularización' de los créditos y el 'sistema bancario a la sombra' (*shadow banking system*), que escapan a la reglamentación bancaria, son objeto de una atención particular. La titularización es un procedimiento mediante el cual los bancos se refinancian emitiendo nuevos títulos de diversas categorías de riesgo y de rendimiento, 'adosados' a créditos que ellos detentan, como préstamos hipotecarios; sacan estos créditos de su balance y transmiten su rendimiento y riesgo de quiebra a poseedores de capital de inversión dispuestos a adquirir nuevos títulos. Pensando que reducían el riesgo pasándoselo sólo a especuladores dispuestos a asumirlo, este procedimiento contribuyó en gran medida a amplificarlo más bien y a propagarlo a escala mundial. La titularización se puede describir sumariamente como un proceso que tiene la particularidad de transformar títulos de largo plazo y sumas elevadas



(como las hipotecas), valores sin liquidez o de difícil venta, detentados por los bancos locales, en títulos a corto plazo y de pequeña cuantía, más líquidos o fáciles de vender, y que pueden diseminarse por todo el mundo.

A continuación se da cuenta de los hechos que marcaron la crisis de liquidez desencadenada en el verano de 2007 debido a una acumulación de quiebras que infligió importantes pérdidas a muchas instituciones financieras por el mundo entero y provocó avalanchas sobre los bancos y un desecamiento del crédito interbancario.

Como complemento de la crisis de liquidez, se desarrolló una crisis de solvencia que arrastró a numerosos bancos y empresas a la quiebra a la que los Estados respondieron con un apoyo masivo. Gracias a este apoyo, las instituciones financieras salieron rápidamente del marasmo, mientras la economía real, la que produce bienes y servicios, nadaba y sigue nadando en el estancamiento. Los grandes bancos de Estados Unidos, que estuvieron en el centro de la crisis y que fueron salvados de la catástrofe mediante una ayuda gubernamental masiva, restablecieron sus beneficios desde principios de 2009. Inmediatamente reanudaron con sus prácticas aventureras en materia de préstamos y su tradición de remuneración exorbitante de sus cuadros.

Al quedar los Estados en su conjunto fuertemente endeudados por la crisis, tanto por el enrarecimiento de sus ingresos presupuestarios como por el coste de sus medidas de apoyo al sector financiero y a su economía real, la crisis de la deuda privada, que estuvo en el origen de la crisis financiera, se convirtió en una crisis de deuda pública (o deuda soberana) que sacudió, en particular, a la Unión Europea y a la zona euro a partir de principios del año 2010 y puso de nuevo en peligro a los bancos acreedores.

Tales procesos no pueden sino plantear las siguientes preguntas, a las que este libro trata de responder. ¿Cómo los bancos que han sido salvados de la quiebra mediante el apoyo financiero de los Estados, han podido transformarse tan rápidamente en acreedores de estos mismos Estados que enfrentan, por su parte, una crisis aguda de deuda pública? ¿Cómo, apenas desconectados del respirador artificial del salvamento estatal, se convirtieron en prestadores, suministradores de fondos a los Estados? ¿De dónde les

vinieron esos fondos que, aun ayer exangües, volvieron a prestar en abundancia?

Para identificar las fuentes de la doble crisis de liquidez y solvencia de los bancos, el segundo capítulo aborda, en primer lugar, la cuestión de las relaciones entre moneda y crédito. La moneda, que parece desaparecer detrás del crédito cuando todo va bien, vuelve a ser el único valor buscado en situación de crisis. Todo el mundo quiere vender y deshacerse de títulos amenazados de quiebra y nadie los quiere comprar. La crisis de liquidez se amplía por la desconfianza de los bancos que dudan en prestarse unos a otros y conservan sus liquidesces por miedo a que les falten. El agotamiento de la liquidez crea una situación de pánico para el crédito interno del sector financiero y una amenaza para la economía real a causa del agotamiento del crédito ofrecido a las empresas y a los consumidores.

Estas constataciones se derivan de la naturaleza de la moneda en tanto que mediación necesaria por la cual se opera la validación social de los trabajos privados en la sociedad mercantil. En la economía mercantil, la venta de mercancías, su transformación en moneda, es el medio por el que los trabajos privados, cuyo producto son, se ven validados en tanto que trabajo social.

Sigue un análisis de la articulación entre la moneda emitida por el banco central (en billetes y en monedas), designada como la moneda base o moneda central, y la moneda creada por el sistema bancario o moneda de crédito, fruto de un contrato privado entre un banco y su cliente. La cantidad de moneda de crédito que el sistema bancario puede emitir está ligada a la cantidad de moneda central mediante un 'multiplicador', que depende de la reserva de efectivo de los bancos y la distribución del dinero en poder del público en billetes de banco y monedas y en depósitos bancarios.

Sin embargo, la diferencia fundamental entre moneda y crédito es de orden cualitativo. Esta diferencia se pone de manifiesto en situación de crisis cuando la moneda es demandada por sí misma, mientras que hasta entonces el crédito parecía que podía asegurar por sí sólo el intercambio de mercancías y prescindir de la moneda.

La crisis monetaria y financiera mundial (Introducción)

Seguidamente se trata la cuestión de la solvencia a partir de las normas prudenciales de los bancos (tasa de solvencia o tasa de adecuación del capital propio, y el efecto palanca), dictadas a nivel internacional por el Comité de Basilea sobre el control bancario y consignadas en los sucesivos acuerdos concluidos en 1988, 2004 y 2010, conocidos como los acuerdos de Basilea I, Basilea II y Basilea III. La timidez de estas normas, que por otra parte no tienen carácter obligatorio, ayuda a comprender cómo las finanzas mundiales rozaron la catástrofe a finales de 2008. La falta de voluntad de ampliar de verdad su rigor, perpetúa una fragilidad sistémica que aboca a nuevas crisis.

El tercer capítulo se ocupa del callejón monetario internacional sin salida, en cuanto que dimensión clave de la crisis, y de las diversas propuestas que se han ido avanzando para intentar superarla: vuelta al régimen del patrón oro, en vigor desde 1870 a 1933, creación de un nuevo Bretton Woods, inspirada en el sistema creado en 1944, anclaje al dólar de algunas divisas como el *renminbi* chino o yuan, control de los movimientos de capitales especulativos, etc.

Para comprender los procesos que han llevado a este callejón sin salida y evaluar los medios propuestos para superarlo, se recuerdan en primer lugar los orígenes de los regímenes monetarios del pasado. Sus fundamentos teóricos se encuentran en la necesaria articulación, a nivel mundial, entre las monedas nacionales y una moneda internacional o universal, al igual que se encuentran, a nivel de cada país, en la articulación entre monedas bancarias privadas y moneda central. La inestabilidad crónica de un sistema desprovisto de moneda universal, en vigor desde el hundimiento, en 1971, del sistema de paridades fijas de Bretton Woods fundado sobre el vínculo del oro con el dólar como alternativa, queda así puesto en evidencia.

Esta inestabilidad se debe al hecho de que ninguna moneda nacional puede simultáneamente jugar el papel de una verdadera moneda internacional. Al igual que un banco privado no puede regularizar su deuda con otro banco privado emitiendo moneda sobre sí mismo, de la misma manera un banco central no puede regularizar la deuda nacional con un país extran-

jero emitiendo moneda nacional. De la misma manera que los saldos de las operaciones entre bancos deben efectuarse en moneda central del interior del país, de la misma manera los saldos de los intercambios entre países deben efectuarse en una moneda universal que no sea ninguna de las monedas nacionales. La validación social, a escala internacional, de los trabajos privados se expresa en la reglamentación última de los saldos en esta moneda universal.

Este capítulo termina con un recordatorio del plan que presentó John Maynard Keynes a la Conferencia de Bretton Woods en 1944 y que fue descartado en beneficio del plan que defendió Harry Dexter White por cuenta de Estados Unidos. Este plan se basaba en una moneda universal distinta de las monedas nacionales. La emisión de esta moneda debería ser dirigida por un banco central de bancos centrales que exigiera el pago de un interés, no sólo sobre las cuentas deficitarias, sino también sobre las cuentas excedentarias, afirmando el principio de la responsabilidad conjunta de los países deficitarios y de los países excedentarios en caso de desequilibrio, y la necesidad de compartir sus esfuerzos para eliminar los excedentes de los unos que son los déficits de los otros.

¿Podemos imaginarnos que países profundamente anclados en un espíritu de competitividad y motivados únicamente por la defensa de sus propios intereses vayan realmente a comprometerse en un proceso cuya finalidad sería poner en marcha verdaderas formas de cooperación que significan el abandono de palancas clave de su desarrollo autónomo? El caso de la Unión Monetaria europea y del euro, que es su moneda común, ilustra bien a las claras la magnitud de este reto por la crisis que la golpeó en 2010 y las dificultades de superarla originadas por el rechazo a completar la unión monetaria en una unión fiscal y la constitución de una comunidad política.

Recordando cómo los Estados, para asegurar el salvamento de bancos y empresas a costa de la colectividad, los definieron como «demasiado grandes para que quiebren», la conclusión hace un llamamiento a tomar conciencia de que estos bancos y empresas deben ser considerados «demasiado grandes como para permanecer privados» y deben, por el interés común, ser



controlados por la colectividad en vistas a una planificación democrática en tanto que bienes públicos dotados de una misión de servicio público. En este sentido, ¿no hubiera sido el salvamento de 2007-2008, la ocasión de una incautación pura y simple de los bancos que tuvieron quiebra, una medida legítima que de ninguna manera puede ser considerada como un atentado a la propiedad puesto que la propiedad quedó anulada por la misma quiebra? Su traspaso bajo propiedad pública garantizaría el ejercicio de su misión social, eliminaría la especulación, permitiría re-centrarlos en su oficio histórico de dispensadores de crédito y protectores del ahorro e instituir de nuevo un financiamiento directo, sin finanzas especulativas de mercado y sin los productos exóticos creados por una «innovación financiera» letal que llevó la economía al desastre.

38

La conclusión resalta igualmente la cuestión de la ilegitimidad de deudas públicas cuya cuenta se quiere hacer pagar a las poblaciones, cuando son resultado de la especulación y de la carrera por los beneficios, así como de la complacencia de los Estados con la evasión y fraude fiscales y de las reducciones de impuestos concedidas a

las empresas y a los más ricos. A la luz del doble rechazo de la población islandesa, vía referéndum, de pagar la indemnización de los depositantes del banco *Icesave*, al frente del cual nadie reconoce ninguna responsabilidad, no dejará de plantearse la hipótesis del rechazo a rembolsar las deudas públicas en primer lugar entre las poblaciones de países como Grecia, Irlanda y Portugal, ahogados bajo el peso de los planes de austeridad más severos unos que otros y de unos cargos por interés que no cesan de crecer a consecuencia de los sucesivos descuentos de las agencias de clasificación.

La conclusión presenta los resultados de los recientes sondeos que, a causa de los estragos provocados por la crisis, revelan un apoyo declinante al capitalismo a través del mundo. Una modesta toma de conciencia, de la que no podemos menos que alegrarnos, de la situación sin salida en la que este sistema nos tiene atrapados y de la aspiración a sustituirlo por una asunción democrática de nuestro futuro.

El libro concluye con un breve anexo consagrado a los mecanismos de la especulación sobre los títulos y un Glosario de los términos utilizados en el mundo de las finanzas.

Notas

1. Ver Louis Gill, «États en faillite: la fin du «miracle libéral»», *L'État du monde en 2010*, Paris / Montréal, La Découverte / Boréal, 2009, p. 124-130.

2. «A parable of two debtors. Does Iceland hold lessons for Ireland, and the rest of Europe ?», *The Economist*, 16 avril 2011, p. 61.

3. IMF Survey online, 1er septembre de 2010, y Fiscal Monitor, avril de 2011, p. 127.

4. Ver Louis Gill, *L'heure juste sur la dette du Québec*, junio de 2010, documento asumido por las centrales sindicales CSN, CSQ et FTQ, al igual que por el colectivo *Économie Autrement*, por el *Institut de recherche en économie contemporaine* y *l'Institut de recherche et d'informations socio-économiques*, disponible en las páginas de internet de cada una de estas organizaciones, así como en la de *Classiques des sciences sociales*.

5. FMI, Fiscal Monitor, avril 2011, p. 127.